

»Estas son, Rey, las señas conocidas
 Que mi lengua te da de aquel sugeto;
 Mas las gracias que en si tiene infundidas
 No sabe referillas mi conceto;
 No pueden mis palabras mal pulidas
 Hacerte relacion de lo perfeto,
 Ni aunque mi ingenio fuera peregrino,
 Alaballa supiera de condino.
 Asi hablaba aquel moro encendido,
 Que su encarecimiento vehemente
 A su señor causó por el oido
 El mal que de ver nace comunmente.
 ¡Oh Alguacil de ti mismo! Oh mal regalo!
 ¿No sabes que de amor el accidente
 Contagioso es, y que se pega
 Mas que el humor voraz que Francia niega?
 Del apetito hecho ya vasallo,
 De medios trata, y tanto se comide,
 Que, aunque pudiera como rey mandallo,
 Como rendido amante el vella pide;
 El primo no se atreve á rebusallo;
 Mas ¿quién á su Señor el gusto impide?
 Verdad es que esta vez el miedo pudo
 Mas que la adulacion herir de agudo.
 Resultó de la vista en lo primero
 Que el semblante de Zara ocasionado
 Sacó á Diego Alguacil por verdadero
 Y hizo á Abenhumeya enamorado.
 No de la piedra iman es el acero
 Por oculta virtud así tirado,
 Como del Rey allí los ciegos ojos,
 Y con ellos el alma y sus despojos.
 Cantó y bailó, tocando una vihuela,
 Con tal dulzura, talle, gracia y brio,
 Que no aplació danzando la mozueta
 En tanto grado á su padraastro impio;
 Y pareció que Vénus en su escuela
 Le concertó el donaire y atavio;
 Cúpido apriesa tira pasadores,
 Muere Alguacil de celo, el Rey de amores.
 El poder, que á los vicios da licencia,
 Redujo á la posada del tirano
 La viuda bella, mas por violencia
 Que por precio ó concierto afable y llano;
 Huye Alguacil sin seso ni paciencia,
 Y Zara llora con dolor insano,
 Amando mas al pobre amigo ausente
 Que al rico poseedor nuevo y presente.
 Blandas ofertas, dádivas crecidas,
 Autorizado fausto y halagüeno,
 Todo le da congojas desabridas,
 Todo se le presenta un vano sueño;
 ¡Oh amor, y cómo son obedecidas
 Tus leyes en el alma que eres dueño!
 ¿Qué absoluto poder es el que tienes
 En repartir tus males y tus bienes!
 Pueden las majestades y coronas,
 Sin tí, con absolutas potestades,
 Sujetar á su yugo las personas,
 Mas no jamás las libres voluntades;
 Porque estas solo tú las aficionas
 Con nudos tan validos de amistades,
 Que premio no permiten que se precie,
 Ni paga equivalente en otra especie.
 El mostrarse la mora descontenta,
 Al desdenado Rey mas indignaba
 Contra el huido primo, cuya afrenta
 Y muerte á todas horas procuraba;
 Mas ella por terceros larga cuenta
 De los secretos intimos le daba,
 Y él andaba con cien arcabuceros
 Agraviados tambien y bandoleros.
 Tenido pues aviso que á una empresa
 Los turcos iban, y por qué camino,
 Les iba ya á buscar; mas otra presa
 A las manos acaso se le vino,
 Y fué un correo que, picando apriesa,
 Llevaba escrito en liso pergamino
 Un despacho real; y así, le plugo
 Al rebelde Alguacil serle verdugo.

Es fácil de matar quien se confia;
 Y así, fué el mensajero luego muerto
 De aquel morisco, cuya compañía
 Segura imaginó por el desierto.
 Cometida la astuta alevosia,
 Y el cerrado despacho al punto abierto,
 Vióse que Abenhumeya lo enviaba
 Con letra que á Abenabo así hablaba:
 «Primo leal y amigo verdadero,
 Es nuestra voluntad que al punto y hora
 Que os alcance el presente mensajero
 Marcheis mientras el sol con otros mora;
 De tal manera, que antes que el lucero
 Anuncie la venida de la aurora,
 En Ferreira os halleis con vuestra gente,
 Y allí se os mandará lo conveniente.
 Mas Alguacil, celoso y con afanes
 De invidia y de temor de su enemigo,
 Usó el ardid que con los capitanes
 Del mal afortunado rey Rodrigo
 En Ceuta tuvo, para mas desmanes,
 El padre de la Cava, á quien maldigo.
 Estáme pues, lector, un poco atento,
 Y entenderás en suma todo el cuento.
 Era el morisco rey mal escribano,
 Y no bien en arabigo firmaba,
 Por lo cual para ello daba mano
 A un mozo si Mojájar se ausentaba;
 El cual era pariente muy cercano
 De Alguacil, y presente se hallaba,
 No menos agraviado y ofendido
 Que á traicion y venganza aperebido.
 Roto el despacho pues, este otro ordena
 Que al Alcaide amonesta de tal suerte:
 «Amado primo, que de la agarena
 Nacion el mas ilustre sois y fuerte,
 Sabed que á mi corona y fama buena
 Conviene que á esos turcos deis la muerte;
 Seráos despues la causa manifesta,
 Y sea la forma del efeto aquesta:
 «Aunque la escuridad esté vecina
 Cuando este mensajero os alcanzare,
 Marchad hasta alojaros en Micina
 Por el camino que se os antojare,
 Donde con maña y fuerza repentina,
 Cuando la noche á su mitad llegare,
 Cada huésped dé muerte acelerada
 Al turco que alojare en su posada.
 «Irá Diego Alguacil con otros ciento
 A daros en tal caso pronta ayuda;
 Mas el hecho acabado, en el momento
 Pasad por su cerviz la espada aguda.
 Tomado aquel edito fraudulento,
 Ligeró otro correo el paso muda,
 Y este fué aquel que, estando el dia al cabo,
 Alcanzó junto á Cádiar á Abenabo.
 Apenas el papel habia leído,
 Cuando Alguacil delante se presenta
 Con otra carta, que tambien fingido
 Habia de la plática sangrienta;
 Solo de sí no trata el fementido,
 Por hacer verisimil mas la cuenta.
 El engañado Alcaide, ardiendo en ira
 Sobre cada renglon brama y sospira.

CANTO XIII.

Abenabo, dando crédito á Diego Alguacil, determina con los turcos de matar á su pariente el reyecillo. El turco embate á Nicolo en el reino de Chipre. Su santidad y el Rey envían socorro. Llega á tiempo por tenelle las galeras muy contrario; y así, á la vuelta sin efeto, sabida en el camino la triste nueva de Nicolo.
 Llamamos fiasco al sexo femenino,
 Imperfecto, mudable y avariento,
 Atribuyendo solo al masculino
 Constancia, fortaleza y sufrimiento;
 Mas ya diversas veces contravino
 A la resolucion deste argumento
 La experiencia, que es madre fidedina
 De cuanto por verdad se determina.

Costosa y cara nos salió esta prueba
 Cuando á la transgresion del santo fuero
 Pudo inducir con sus razones Eva
 Al marido que Dios formó primero;
 De Dávida el ejemplo lo comprueba,
 Pues entregó el consorte invicto y fiero
 A que fuese ridiculos trofeos
 De los acobardados filisteos.
 ¿Quién dió principio á la cruel zizaña
 Que por injustos casos y violencia
 Rindió á los moros el poder de España,
 Sino fué una viril concupiscencia?
 Y ¿quién de Bruto provocó la saña
 Para lanzar de Roma la potencia
 De los Tarquinios, sino solo aquella
 Que fué en un mismo grado casta y bella?
 Dejo, por evitar cuento tan largo,
 Mil casos sucedidos desta guisa;
 Y así, á contar agora no me alargo
 La venganza de Dido la Fenisa,
 Ni el hecho que dió fin triste y amargo
 A Holofernes soberbio y su divisa;
 Pues bien lo dicho basta por consuelo
 Para su perdicion al reyezuelo.
 El amante de Zara, cauteloso,
 Viendo al Alcaide atónito y confuso,
 Usando en aquel trance de animoso,
 El fin de su intencion así propuso:
 «Cien hombres traigo aqui, Abdallá famoso,
 Para el atroz insulto que rehusó,
 Pues en ejecuciones insolentes
 No deben ser los hombres obedientes.
 «¿Qué crueldad se ha visto tan inmensa
 De fieras sin razon embravecidas?
 ¿Cómo tratar de que se haga ofensa
 A los que hoy mas defienden nuestras vidas?
 Y el duro corazon que lo dispensa,
 Haciendo sus maldades conocidas,
 Sin duda alguna nuestra sangre vende;
 Bien fuera de estí está quien no lo entiende.
 «Es este que nos busca desplaceres,
 Bueno en hablar, mas en obrar maldito;
 No hay vidas, no hay haciendas, no hay mujeres
 Para su crueldad, sed y apetito;
 Y si pronosticar sobre tí quieres,
 En los turcos verás tu daño escrito;
 En los turcos, que, en vez de galardones,
 Les va ordenando muertes y traiciones.
 «Si con tiempo escarmientas en la ajena,
 Salvarás la cabeza y salud tuya,
 De aquella furia que jamás se enfrena,
 Y tanto fia en la malicia suya;
 No hay culpa cometida sin su pena,
 No hay humano poder á quien no arguya
 El temor, la amenaza ó el castigo,
 Sino á la presuncion deste enemigo.
 Las quejas del morisco lastimado
 Acrecentaron al airado pecho
 De Abenabo un ardor mas inflamado
 Con nuevas ansias y mayor despecho;
 Cual suele el aire entre aros apremiado
 Dar en la fragua por canal estrecho,
 Haciendo que mas claro se parezca
 El fuego, y que sonando se embrevezca.
 Estaba á la verdad mas ofendido
 Su cuerpo que quizá alguno pensaba;
 Y así, con profundísimo gemido,
 Mesándose las barbas, se quejaba:
 «¿Oh Abenhumeya malo y fementido!
 De tí cuál otro premio se esperaba?
 Pues eres el tirano mas perverso
 De cuantos ha sufrido el universo.
 «Así traidor renuevas la esperanza
 Que mi enojosa vida sostenia,
 De tomar de mis danos la venganza,
 Por quién soy otro ya del que solia?
 Perdi cuando por tí tomé la lanza
 La mujer y los hijos que tenia,
 Y no parando aquí la mala suerte,
 Despues me dió á sentir trago mas fuerte.

»Cuando te fui á buscar desde Juhilés,
 Y mis adversos hados me entregaron
 A las crueles manos de hombres viles,
 Que inútil para siempre me dejaron,
 ¿Qué mas diré sino que las viriles
 Partes ferinamente me arrancaron;
 Y dejándome eunuco y sin sosiego,
 Se partieron de mí con burla y juego?»
 Al rüido y clamor de las querellas
 Que Abenabo sembraba blasfemando,
 Huzen y Carbaji por entendellas
 La causa se llegaron preguntando.
 El moro no les niega cosa dellas,
 Porque estos eran del turquesco bando
 Capitanes en armas señalados,
 Y en consejo por cuerdos reputados.
 Sabido el caso, alteráanse agramente,
 Y el autor del tratado cauteloso
 Sacó una confeccion que es de simiente
 De cáñamo con apio poderoso;
 De la cual usar suele aquella gente
 Para ir sin miedo al juego sanguinoso,
 Y tomado de noche, no hay belfeño
 Ni opio que infunda mas profundo sueño.
 Dijo que Abenhumeya se la diera
 Para que sobre cena se la diese
 A las cabezas, porque verdadera
 Imágen de su muerte el sueño fuese.
 Divúlgase el negocio, y cual si fuera
 Verdad, nadie faltó que lo creyese;
 Y conjúranse todos á una mano
 En dar la muerte al pérfido tirano.
 Así resueltos, marchan á la hora
 La vuelta de Andarax; mas á otra banda
 Conviene la atencion pasar agora,
 Conforme la razon lo quiere y manda.
 La furia de Selim, que á Chipre acora
 Muy adelante en los asedios anda;
 Atiende Nicosia á la defensa,
 Si habella puede á fuerza tan inmensa.
 Ya el crudo basilisco con bramido
 El cañon reforzado y cotebrina
 En el muro fortísimo y lucido
 Imprimian señales de ruina;
 Bien que el peligro claro y conocido
 Acrecentaba militar dotrina,
 En todos los que en ella no eran diestros;
 Que suelen los trabajos ser maestros.
 Piezas sesenta y seis fuegos lanzando,
 Baten apriesa la ciudad cuitada,
 De cuyas altas torres contrastando
 Está la gente ilustre baptizada;
 Los turcos artilleros, reforzando
 Sus tiros con mas carga de la usada,
 Hicieron reventar gruesos cañones
 A costa de sus mismos escudrones.
 Mas no por eso del batir urgente
 Desisten los crueles sola un hora,
 Ni cuando el sol á nos está presente,
 Ni cuando otro hemisferio ciñe y dora;
 Duerme el fiero animal, y la serpiente
 Reclina su cabeza eneñadora
 En la callada noche y tiempo oscuro,
 Que aun á los brutos da alivio seguro.
 Y en medio del silencio mas profundo
 Resnena por el aire tenebroso
 El salitrado azufre furibundo
 Con horrisono estruendo pavoroso;
 Parece que la máquina del mundo
 Se atierra y se reduce al fin penoso:
 Tal es la furia inmensa y la porfia
 De la mortal y brava artilleria.
 Aunque dentro la tierra bien defiende
 Nicolo, general del veneciano,
 Y al mas helado pecho y alma enciende
 A resistir con valerosa mano,
 Es tanta la pujanza con que ofende
 El que rige el ejército otomano,
 Que recelar hiciera al mas constante,
 Y vacilar murallas de diamante.

Y así, aquellas, que no de tal materia
Compuestas eran, ya se resentían,
Y conducidas á mayor miseria,
Rotas por una parte parecían;
Tardaban los socorros que de Hesperia
En vano los sitiados atendían;
Sus capitanes, pues, al punto llama
Mustafá, y al asalto los inflama.

Manda poner en órden la espantosa
Arremetida, con tropel y grita;
Levántase una nube polvorosa
Que del sol la luz pura debilita;
Como entre sierra yerta peñascosa
Se rompe el Bétis y se precipita,
Y el sordo murmurar de su ruido
Tiene el contorno todo ensordecido.

Así resuena el campo, y el bullicio
Hace gemir y retremblar la tierra;
Cada cual se dispone al ejercicio;
Ya la sonora trompa incita á guerra;
Armas renuevan su terrible oficio,
El plazo á los partidos ya se cierra,
A las armas la causa se remite,
Y venza quien mejor las solicite.

No estaban los sitiados consultando
Los negocios perplejos y dudosos,
Ni sus mujeres caras abrazando,
Del cercano peligro temerosos;
Antes andan aquí y allí guardando
Los sitios que se ven mas peligrosos,
Cavando fosos, y por cualquier vía
Trazando lo que el tiempo requería.

Como sus enemigos venir vieron
Armados, se juntaron al instante,
Y á las mas flacas postas acudieron
Con piés ligeros y ánimo constante;
Heroicamente allí se defendieron
De la canalla dura circunstancia,
Rompiendo su defensa y pavesadas
Con nubes de armas fuertes y pesadas.

Trabóse mas la brava competencia,
Creció el herirse, el daño, furia y saña;
De entrambas partes caen sin diferencia,
Retumba con los golpes la campaña;
Mas Nicolao con presta diligencia
De un escogido bando se acompaña;
Y acude porque el hecho se quite
A lo mas peligroso del combate.

Este dicen que origen verdadera
De la sangre de Dándalo traía,
Marco Julio Romano, que lo era
También en la virtud y valentía;
Sigue del General la agra carrera
Con toda la orgullosa compañía,
Y hacen en los turcos tal estrago,
Que el día vino á serles aciago.

Dan la vuelta corriendo á cual mas puede,
A Mustafá con voces increpando
De que su temerario osar excede
Al poder extendido de su bando;
Mas él, visto lo mal que le sucede,
La espada desnudo, la voz alzando,
Y contra aquellas huestes temerosas
En ira ardiendo, dijo tales cosas:

«No suele la genizara fineza
Defensas aceptar tan baladías,
Ni suele conocerse tal flaqueza
En los soldados viejos espahíes;
Mas parece sin duda esta vileza
De banda delincuente de monjes,
Que tientan sin razon toda insolencia,
Y huyen de cualquiera resistencia.

«Decid cobarde union, oprobrio indino
Del monarca Selim, ¿por qué dais vuelta?
¿Adónde os lleva vuestro mal destino,
Corriendo tras la infamia á rienda suelta?
Volved, volved, que luego determino
Yo mismo comenzar nueva revuelta,
Sigame el que quisiere; que yo quiero
Arremeter de todos el primero.

«Y si desfalleceis de tal manera
Solo por conservar la vida amada;
Si vuestro mal principio persevera
Por no osar arriescalle esta jornada;
Yo tomaré venganza tan severa,
Que pueda ser la suerte envidiada
Del que por no enojarme acabó en guerra,
Y muriendo mordió una vez la tierra.»

Con tal instancia Mustafá bramaba,
Con tal castigo freno les ponía,
Y mas, que por sus nombres los llamaba,
Como quien los mas dellos conocía;
Que ya los fugitivos apremiaba
A revolver de nuevo á la porfía,
Cereados de temor y de vergüenza;
Y así, otro nuevo asalto se comienza.

Recibiónse golpes tan pesados,
Que ya los del primero, aunque temidos,
Con los presentes siendo comparados,
Pudieran fácilmente ser sufridos;
Mas ya desde los montes encumbrados,
De Febo por diámetro heridos,
Caían largas sombras, y la fría
Tierra de triste manto se cubría.

En fin, la sombra de la noche oscura
Fue tregua de la lid feroz, ardiente,
Si tregua ha de llamarse coyuntura
Que descanso ni alivio les consiente;
La gente de la tierra se procura
Apercibir envidosa y diligente
Para el peligro del siguiente día
Contra la fuerza odiosa de Turquía.

Los capitanes turcos y soldados
Que en el consejo entraban principales
Sobre el negocio estaban congregados,
A Nicosia urdiendo duros males;
El sol dejó los indios apartados,
Y los rayos sacó piramidales
De la rosada estancia de la aurora,
Que allá en el horizonte rico mora.

Ya la trompeta del metal sonoro
Hería el aire, al arma, al arma dando;
Embiste Mustafá cual bravo toro,
Su lugar de caudillo renunciando;
Todos le siguen, y al profeta moro
Con voces mal discretas invocando,
Pretenden colocar sus estandartes
Encima de los altos baluartes.

A la defensa atienden venecianos,
Llamando su patron evangelista;
Parte ataja los pasos á otomanos,
Que procuran subir á escala vista;
Parte con ellos andan á las manos
Donde no hay muro ó foso que resista;
Suenan la grito, el hierro y el estruendo,
Y las discordes iras van creciendo.

La honra, libertad, la vida y fama,
Inestimable precio, allí movían
Los fuertes brazos que con hierro y llama
Al enemigo bando resistían;
La tierra se estremece, el aire brama,
Y de turquesca sangre se cubrían
Aquellos campos verdes y floridos,
Estancias ya de muertos y heridos.

«Oh cuánto los de Scitia procuraron
Entrar en la ciudad! Mas fue imposible,
Aunque notable espacio batallaron
Con industriosa maña y fuerza horrible;
«Oh cuántas veces, por lo que probaron,
Aun el vencer les fuera aborrecible!
Pues un paso de tierra que ganaban
A precio de mil vidas lo compraban.

El bravo Mustafá, que ve mostrarse
Con tanta gallardía los de dentro,
Piensa que está el remedio en retirarse
A Bizancio, mas teme peor recuento;
Halla que es de Caribdis apartarse
Para hacer en Scila triste encuentro,
Querer, por evitar jornada incierta,
Provocar de Selim la saña cierta.

Discursos hace, lleno de sospecha;
Mil cosas piensa y nada determina;
El tiempo es breve, la ocasion estrecha,
Y sabe que el socorro se avecina;
Perplejo se maldice y se despecha,
Y por desbaratado se imagina,
Viendo que de sus varios pensamientos
Le resultan iguales descontentos.

Y lo que peor es, ve andar su gente
Sangrienta, fatigada y desvalida;
Y así, mando tocar expresamente
Del recoger la seña conocida.
Roma la santa, España la eminente,
Columnas de la Iglesia esclarecida,
No se excusaron de meter las manos
En favor de los libres venecianos,

Tan á tiempo, que fueran ya surgidos
En Chipre de galeras once pares,
Al Colona y al Oría cometidos,
Varones en milicia singulares,
Y con ellos soldados escogidos,
Si la inclemencia de los altos mares
Forzosa no hiciera la tardanza,
Anegando el trabajo y la esperanza.

Y tras la rigurosa violencia
Con que Neptuno perturbó su imperio,
Les sobrevino grave pestilencia,
Atropos presta al triste ministerio;
Los cuerpos sin alguna diferencia
Se entregaban al hondo cementerio,
Archivo general, sepulcro ilustre
De personas que al orbe dieron lustre.

Con estos infortunios trabajosos
Tiempo, fatiga y gente se perdía;
Mas los dos generales valerosos
Constancia firme muestran todavía;
Porque el peligro en pechos generosos
No engendra ni produce cobardía;
Antes, como contrario menos firme,
Es causa que el esfuerzo se confirme.

También el ser tan justo el presupuesto,
Tan útil el socorro y necesario,
Y tanto el premio si libran presto
El reino de las manos del contrario,
Era estímulo claro y manifiesto;
Mas entre tanto el perdido adversario
Hizo sentir por guerra á Nicosia
De su calamidad el postrer día.

Y así, cuando del mar algo mas llano
El agua con las proas se cortaba,
Y Zane, general del veneciano,
Que otra banda marítima guiaba,
Iba con los demás ledo y ufano.
Un batel se mostró que navegaba
La vuelta de la gran Constantinopla,
Volando cual leveche que le sopla.

En popa lleva el viento bien gallardo,
Que apuja en su derrota á nuestra armada.
Servia á la sazón hecho el bastardo,
La extena á medio el árbol levantada;
Mas no tan presto salta el leon pardo
Sobre la res que halla desmandada,
Como una capitana hizo presa
En el bajel, que fue pequeña empresa.

Solos dos turcos, muy á la ligera,
Iban con letras para aquel monarca,
Que la mas parte de la oblica esfera
Con recia usurpacion tiene y abarca;
La nueva pronuncio á nuestra manera
El uno, que nacido habia en la Marca
Cuya substancia, en breve resumida,
Era ser Nicosia ya perdida.

Como á padre amoroso avenir suele
Que, yendo á ver el hijo enfermo ausente,
Encuentra con quien cierta le revele
La intempestiva muerte del doliente,
La cual nueva en el alma así le duele,
Que se para á gemir amargamente,
Cambiadas las sospechas en certezas,
Y en ansias los temores y tristezas;

Así al concorde y grave triunvirato
Lastimó el triste son de aquel mensaje;
Mas, como nace luego del cuidado
Deseo al hombre de entender su ultraje,
Al renegado turco fué mandado
Que refiriese en italo lenguaje
De Nicosia el áspero suceso;
El cual dió así principio á su proceso:

«No es parte haber la libertad perdido
Y las albricias buenas que esperaba
Del turco emperador para que olvido
Ocupase la memoria que en mí estaba;
Ni el captiverio tanto me ha afigido,
Que por llorar el bien de que gozaba,
Deje, como es razon, de obedeceros,
Cristianos y prudentes caballeros.

«Después que Mustafá con larga guerra
Con ardidés, asaltos y asechanzas,
Procuró la ciudad poner por tierra
Que tanto dilató sus esperanzas,
El temor, que los ánimos atierra,
Junto con el recelo de mudanzas,
Le hizo estar dudoso y con fatiga
Por nuevas que tuvimos desta liga.

«Días há que la nueva al campo nuestro
Llegó de cómo el Papa y rey de Espana
Se juntaban á dar socorro diestro
A la ciudad que el mar en torno baña;
Por horas se esperaba el venir vuestro;
Y así, Piali-Baja con arte y maña
Tenia sus galeras en concierto,
Y andaba todo el mundo el ojo alerta.

«Después de haber los dos hajáes tenido
Acuerdo, no sin priesa y sobresalto,
Quedó de comun voto resumido
Se echase todo el resto en un asalto;
Tocóse al arma, y fué el aire rompido
De tal estruendo y de rumor tan alto,
Como en Troya se oyó el día postrero
Cuando el vientre se abrió al paladio fiero.

«Llovía de las torres y muralla
Gran cantidad de dardos y saetas,
Balas, piedras y cuanto mas se halla
Contra mantas, celadas y tarjetas;
Tanto viene á encenderse la batalla,
Que ya no hay quien de máquinas secretas
Quiera ser defendido ni encubierto,
Y cada cual pelea á campo abierto.

«En este trance de cuidados lleno,
Ciegos de enojo, y del suceso inciertos,
Hicimos el temor, del todo ajeno,
De puro ver peligros descubiertos;
La parte del foso terraplano
Volvimos á poder de cuerpos muertos;
Que cuando hay de enemigos muchedumbre,
Aun muertos á dar bastan pesadumbre.

«Por la parte del muro aportillada
Una sangrienta lid se vio renida;
La sangre de ambas partes, ya mezclada,
Corria por el suelo toda unida;
Decir no sé por cosa averiguada
Cuál entonces de cual fué el homicida;
Todo era confusion, todo clamores,
Humo, polvo, terror, muertes, dolores.

«No exceptó la ciudad sexo ó persona
Que á la defensa parte no ayudara;
Y así, mujeres hubo que corona
Les diera Roma por virtud preclara
En algun tiempo, y mas á una matrona
Que hizo de su ardid reseña rara,
Que el temor de vivir infamemente
Le hizo en todo extremo ser valiente.

«Armada andaba á voces convocando
El género medroso al nuevo oficio;
Una lanza blandía amenazando,
Aunque jamás usó tal ejercicio,
Y comenzó después á echar un bando,
Digno de inmortal fama y beneficio,
Diciendo: — Las que sois amigas de honra,
Buscad la muerte honesta sin deshonra.

»No es grave mal el fin de aquesta vida,
Pues es remate y fin á tantos males,
Y cuando fuera gloria conocida
Estar en ella á todos los mortales,
Debería ser de nos aborrecida,
Por no venir á manos desleales,
A bajos ministerios y serviles
Y á torpes apetitos de hombres viles.—

»Estas y otras heróicas persuasiones
Acompañó con obras de alma fuerte,
Haciendo daño á nuestros escuadrones,
Hasta que una escopeta le dió muerte.
¿Qué mas os contaré, claros varones,
Sino que se rindió á la misma suerte
Del General la vida, á cuyo lado
Cayó el bando mas diestro y apurado?

»Así afojó el orgullo y resistencia
De los sitiados luego; de manera
Que entramos la ciudad sin mas pendencia
Que si á partido llano se nos diera;
Cesó del hierro esquivo la inclemencia,
Y á Mustafá, que de nosotros era
Tenido por un tigre fiero hircano,
Ser vimos vencedor manso y humano.»

Aquí pensaba dar fin á su cuento
El preso turco, cuando cautamente
Se le mandó dijese con qué intento
A Mustafá dejaba en lo presente;
Si acaso publicaba estar de asiento,
Con qué aparato y número de gente;
Y si Piali-Bajá partir quería
A invernar, como el tiempo requeria.

Respondió: «La intención no comprendiendo
Del victorioso turco por ventura,
Mas lo que todos vieron, vi y entiendo,
Y eso os diré hablando verdad pura:
El queda la ciudad fortaleciendo,
Y no con menos brío lo procura
Que procuró batilla y conquistalla;
Señal de que le mandan conservalla.»

»Puesto que en los asaltos porfiados
Gente perdió, se halla en esta hora
Con veinte mil flusimos soldados,
Que saben pelear antes de agora;
Ricos, abastecidos, bien armados,
Como huete en efeto vencedora;
De la armada también deciros quiero
Que se dice que irá al invernadero.»

»A la rica ciudad de Constantino
Irá sin le faltar bajel ni fusta,
Para que, en calentando el taureo signo
El sol pujante, vuelva á Famagusta,
Si no se rinde agora de camino,
De miedo, y esto dicen que se ajusta
Al gusto de Selim; lo cual yo creo,
Pues verisimil es á cuanto veo.»

»Esto es ¡oh caballeros! cuanto puede
Este captivo misero deciros,
Sin que en su pecho por malicia quede,
Otra alguna verdad de que advertiros;
Suplicoos pues, que ya que el mundo rueda
Ejercitando contra mí sus tiros,
Ya que los hados no me sean amigos,
Me seáis piadosos enemigos.»

Oído aquel sucesó compatible,
Y de las cosas el presente estado,
A todos pareció ser conyenible
Tener consejo sano y acordado;
En el cual se hallaba el invencible
Marqués de Santa Cruz, porque enviado
Con los demás caudillos fué al efeto,
Como varon tenido en gran conceto.

El parecer del inclito romano
Y el del prudente sucesor de Andrea,
A quien la gran ciudad que fundó Jano
Debe la libertad de que hoy se arrea,
Están conformes en alzar la mano
De aquella empresa, por mejor que sea,
Pues que su comision no se extendia
A mas que socorrer á Nicosia.

De su facundo discurrir no trato,
Porque fuera hacer larga la historia;
Mas no quedó el ejemplo de Torcato
Severo de traerse á la memoria,
Y otros avisos de templanza recato,
Demas que el marinero insigne de Oria
Del tiempo con razon poco fiaba,
Porque ya el Orton amenazaba.

Y el bravo escorpion alzado habia
Su cabeza al ardor del gran planeta,
Y Vertuno á la forma se volvía
En que engañó á la simple joveneta;
Las nubes arrojaban cada día
Furiosas lluvias, no por linea reta,
Mostrando con rigor mas que importuno
Eolo su fuerza, y su poder Neptuno.

Mas no faltaban causas de otra parte
Al de la señoría veneciana,
Para alegar, clamando como parte,
Que no volviese atrás la union cristiana;
El de Bazán, en armas nuevo Marte,
Gloria y honor de la milicia hispana,
Oidos los demás razonamientos,
El suyo declaró en tales acentos.

«Bien me parece á mí, claros varones,
Las órdenes en todo ser cumplidas,
Mas si al mudar de tiempos y ocasiones
Se ofrecen á su intento otras salidas,
No deben siempre ser las comisiones
Tan al pie de la letra obedecidas,
Que por dejar los hombres de extendellas,
Se pierda el fruto que se espera dellas.»

»Si el vicario de Cristo y el rey mio
Nos mandaron hacer esta jornada
Contra el mahometano poderio
A dar favor á Nicosia sitiada;
¿Quién quita que no esté á nuestro albedrío
Mirar si puede ser recuperada,
O meter guarhición en Famagusta,
Pues no será demanda menos justa?

»Aquello es útil, esto se requiere,
Y lo uno y lo otro, en la sustancia,
De nuestras comisiones no difiere;
Y así, pido se haga con instancia;
Que si en fortuna el mar permaneciere,
Menor es de aquí á Chipre la distancia
Que la que habrá de aquí al reino latino,
Perdiendo la ocasion, tiempo y camino.»

»Ni apruebo la gentilica altiveza
De la dura ambición de los romanos,
Que por fama dejar con aspereza
Seguian los extremos de profanos;
No mereció del hijo la fineza
Ensangrentar las paternales manos,
Si la hambre cruel de vanagloria
No quisiera triunfar de su victoria.»

»Vamos á restaurar, que es lo mas cierto,
O á prevenir el daño venidero,
Que Chipre nos dará acogida y puerto
Para tener seguro invernadero;
Y si el sucesó tiene algo de incierto,
En eso está el blason mas verdadero,
Que oficio es del esfuerzo poderoso
Tener buena esperanza en lo dudoso.»

Estas palabras casi concluyentes
Don Alvaro Bazán allí propuso;
Mas, bien mirados los inconvenientes,
Quié dará un sabio con razon confuso,
¿Cuan bien esto sintió el que á sus oyentes
Cinco años de silencio dió por uso?
El cual dijo que puede la elocuencia
Por dos partes probar cualquier sentencia.

En efeto, se estuvo á la primera,
Y dió la vuelta la cristiana armada,
Sin que se le ofreciese en la carrera
Cosa digna de ser aquí contada;
Ya Mustafá y Piali su fuerza entera
Apercebían para la jornada,
Porque por mar el uno, otro por tierra,
Piensan notificar la nueva guerra.

A un mismo tiempo el uno el agua hiende
Y el otro marcha, ajenos de recelo,
Hasta que Famagusta ve y entiende
Que el uno cubre el mar, el otro el suelo;
Ya la turquesca muchedumbre atiende
A levantar trincheas hácia el cielo,
Sentar real, plantar artillería,
Con algazara y muestras de osadía.

Está aquella ciudad puesta á levante,
Hermosa y opulenta á maravilla;
Es á forma de un arco semejante,
Cuya cuerda al mar hace de la orilla;
Y aunque su fuerza no era antes bastante
A poderse oponer á tal rencilla,
La prevencion y claro desengaño,
La pudieron armar contra su daño.

Con armas, vitualla y con pertrechos,
Y la industria de un par de paladines,
Cuyos nombres después contaré y hechos,
Que abrazaran del orbe los confines;
Mas ya en esta sazón los viles pechos
Del Burgo y de la fuerza de Cerines,
Que del reino tenía el tercer grado,
Vinieron á rendirse de su grado.

Mustafá les mandó prestar bajeles,
Para pasarse á la famosa Creta;
¿Mal haya quien se fia de infieles,
Infames profesores de vil seta!
El mismo, usando términos crueles,
Les ordenó traicion por via secreta,
Echándoles galeras al camino,
De quien mortal estrago les provino.

Mas, visto por los turcos generales
Que el conseguir la empresa comenzada
Les tiene de salir por sus cabales,
Y que ha de ser sangrienta y porfiada,
Porque las asperezas invernales
No ofendiesen al campo ni á la armada,
El campo se alza y busca alojamiento;
La armada espera velas y buen viento.

Al tiempo que el despojo repartido
Fué conforme á su usanza entre la gente,
Con eleccion curiosa fué escogido
Para su emperador un gran presente;
De los mozos el bando mas lucido
Con el de las doncellas que al presente,
Por su desdicha grande, eran mas bellas,
Y niñas hermosísimas con ellas.

Juntas así las inocentes almas,
Que quincientas en número serian,
Con altos gritos y batir de palmas
Lloraban la miseria en que se vian;
Un galeon de mas de seis mil almas,
En que ya encarceladas las tenían,
Con la armada á pariencia se aprestaba,
Soberbio por la carga que llevaba.

Capaz era bien cuanto dos maonas;
Pues, demás de otros cargos sustanciales,
Dos millares y medio de personas
Iban en él, y mas dos mil quintales
De pólvora, á quien Martes ni Belonas
Los impetus resisten infernales,
Y llega la costumbre temeraria
A no tenella casi por contraria.

El cañon reforzado de trujía,
Tras un vellon humoso, da un tronido;
Ya la gente de mar, al mar se avía
Al son de la trompeta conocido;
Ya el presturoso silbo desafia
Al misero escuadron al remo asido,
Ya el áncora mojada en proa estanca,
Ya dice el pito: «Aprieta boga, arranca.»

Cuando impelido del salado asiento
El grande galeon de las captivas,
Voló por el diáfano elemento,
Resuelto de improvisó en llamas vivas,
Aquí tiembla la voz, falta el aliento,
Y sobran ocasiones compasivas,
Aunque si el contemplar se alza del suelo,
No faltan otras muchas de consuelo.

Mas, condolido en fin de tanta muerte,
O consolado de que el lustre griego
No llegase, viviendo, á peor suerte,
Puesto en la sujecion del turco ciego;
¿Quién me dará la voz de metal fuerte
Para exprimir el trance á que ahora llevo?
¿Quién me dará el decir con eficacia
Que al vivo represente tal desgracia?

Subió, rompiendo la áspera violencia,
Por los vacíos aires, de manera;
Que el fuego material llegó á su esencia,
Turbando el orden de la cuarta esfera;
Sintió el puro elemento tal licencia,
Porque esta sola vez fué la primera
Que las llamas tuvieron osadía
De penetrar su excelsa monarquía.

Cesó, aunque tarde, aquel subir violento
De las corpóreas cosas inflamadas,
Y el natural y propio movimiento
Las comenzó á bajar precipitadas;
Llovía horrible monstruo humor sangriento,
Brazos, piernas, cabezas destrozadas,
Cuerpos sin forma, espadas, coseletes,
Hierro, plomo, arcabuces, bronce, almetes.

Atónitos los turcos del extraño
Portento, en su principio á verlo estaban;
Mas ya con otro nuevo y mortal daño
De la inaudita lluvia se guardaban,
Y de otros dos bajeles del rebaño,
Que llamas bramadoras aquejaban,
Gime y grita la gente sarracena,
Algunos de dolor, otros de pena.

Resta inquirir agora sagazmente
Qué causa tuvo aquel terrible efeto,
Qué descuido, cautela, ó qué accidente
Puso los turcos en tan grande aprieto;
Pues hasta agora el tiempo no consiente
Saberse la verdad deste secreto,
Ni es mucho que el incendio extraordinario
Se haga della eterno secretario.

Dice un poeta dulce lusitano
Que nació de amorosa competencia;
Oyólo así decir de mano en mano,
Y así el creollo estuvo á su advertencia;
Mas, puesto caso que de amor tirano
Tan absoluta sea la potencia,
De lo mas verisimil yo me aviso
Que ni pudo havello ni lo quiso.

Si Mustafá y Piali por una esclava,
De celos invidiosos, padecieran,
¿Cuánto con mayor rabia al que quedaba
El corazon y el alma le partieran,
Que al otro que la armada gobernaba,
Cuyos deseos presto se cumplieran,
Y á no conseguir mas que el ir presente,
Su vida fuera, y muerte del ausente?

Y dado que pasión tal le forzara
A dar algun autor al grave dolo,
Astuto y elocuente le buscara,
Cual dicen que Mercurio fué y Apolo;
Que mal tan gran negocio efetuara
Quien mirar no supiera por sí solo,
Ni de hombre que pecara de ignorancia
Secreto se fiara de importancia.

Mas, pues que del origen verdadero
No se alcanza á tener cierta noticia,
Y el caso cuanto horrible y lastimero
Pone de lo entender mayor codicia,
Presúmase que acaso un marinero
O soldado mal platico en milicia
La lumbre puso en parte peligrosa,
De donde resultó la llama odiosa.

Y si la juventud y hermosura
Que allí iba al peligroso captiverio
Nos muestra por católica lectura
Que no carece el punto de misterio;
Crea quien la verdad saber procura
Que el alto Criador del sumo imperio
Quiso librar así el bando cristiano,
Y castigar los citas de su mano.